

MILENARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

"SEÑOR REY E REINA, DUENAS E CAVALLIEROS,
"AMIGOS E VASSALLOS DE DIOS OMNIPOTENT;
"SI VOS ME ESCUCHARÉDES POR VUESTRO COSIMENT;
"QUERRIAVOS DEZIR UN BUEN AVENIMENT;
"COMO EL CASTELLANO FABLALO TODA GENT;

Parecidas palabras a éstas hubiera recitado hace más de siete siglos el buen clérigo Gonzalo de Berceo, en su portalejo de San Millán de Suso, en este mismo valle donde el río Cárdenas, donde la nevada cumbre del San Lorenzo, desgrana sus torrenceras secuencias de agua fría y aire puro, si se hubiese encontrado en pareja situación a la mía, y habría podido recordar las preces que, tres centurias antes, redactó en romance otro escriba de este cenobio: «Cono ajutorio de nuestro dueno, dueno Cristo, dueno Salvatore, qual dueno get ena honore, e qual dueno tienet ela mandatione cono Padre, cono Spiritu Sancto, enos sieculos de los sieculos. Facanos Deus omnipotes tal serbitio fere ke delante ela sua face gaudiosos segamos. Amén». Lo que en el habla de hogaño sería más o menos: «Con la ayuda de nuestro señor Don Cristo, don Salvador, señor que está en el honor y señor que tiene el mandato con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz gozosos seamos. Amén».

Yo también, en este siglo XX, y en trance de rememorar el momento en que el ignoto cenobita del X puso en romance esa oración, debo parafrasearla, con propósitos más modestos e implorar, por tradición, que, con la ayuda del Salvador, pueda terminar gozoso la tarea, tan honrosa y comprometida, ante tantos y tan altos oyentes, de celebrar este milenario de la primera consignación escrita del romance castellano.

He aquí la cuestión previa que debemos dilucidar: ¿qué significa eso del «nacimiento de la lengua castellana»? En rigor, deberíamos decir: milenario (aproximado) de la más antigua aparición escrita (por ahora) de algo que no es latín y parece castellano. Puntualicemos. Digo «milenario aproximado» porque el código en que se inserta esa oración no está fechado con exactitud; todos los eruditos están concordes en que el manuscrito misceláneo que contiene las llamadas glosas emilianenses (entre las cuales la más larga y libre es la oración que hemos

citado) debió de escribirse a mediados del siglo X; por lo tanto, esta conmemoración podría haberse celebrado también hace años. Digo «aparición escrita», porque, evidentemente, la lengua que el copista de San Millán hablaba todos los días existía desde antes, desde mucho antes, y no había nacido de la noche a la mañana. Y digo, en fin, «algo que no es latín y parece castellano» porque esas palabras transcritas por nuestro desconocido amanuense, que sin duda ya no son latín, tampoco presentan con toda precisión los rasgos peculiares de lo que llamamos castellano medieval, esto es, la lengua que en cierto modo fue literariamente normalizada en el siglo XIII, gracias a la labor exquisitamente equilibrada del rey sabio Alfonso X.

Sin duda alguna, el castellano ya se hablaba con anterioridad a las glosas emilianenses. Lo que no sabemos, ni podrá saberse nunca, es la fecha exacta en que se convirtió en una lengua nueva el latín que aprendieron los indígenas peninsulares y romanizados. Las modificaciones de una lengua hablada se difunden y generalizan muy lentamente; durante mucho tiempo coexisten modos de hablar ligeramente diferenciados; de estas transformaciones, unas van ganando adeptos, generación tras generación, y otras se van relegando y finalmente se olvidan. El latín hablado desaparece cuando los más conservadores, reducidos a minoría, ya no son comprendidos por los hablantes más renovadores y mayoritarios, y se impone la necesidad de traducir al nuevo modo de hablar los viejos textos escritos que han dejado de entenderse. En el latín que, más bien mal que bien, aprendieron por conveniencia nuestros antecesores de hace veinte siglos está ya el germen del castellano. Cada generación sucesiva fue aportando novedades (o, si se quiere, incorrecciones desde el punto de vista del latín), rechazando las viejas normas y aceptando otras recientes. A la larga, si entre dos generaciones inmediatas la comprensión es perfectamente posible a pesar de las divergencias, llega un momento en que los rasgos de la situación inicial de habla y los de la resultante final apenas poseen algo en común. Entonces se consume definitivamente el cambio de lengua. El proceso es lentísimo y no presenta solución de continuidad: cada generación entiende a (y es entendida por) la precedente y la siguiente, pero al cabo de quince, veinte, treinta generaciones, los hablantes serán incapaces de comprender a sus antiguos predecesores originarios (si resucitasen) o, lo que es lo mismo, verán como ajenos los escritos procedentes de ellos. Esto explica la aparición de las glosas y, más tarde, la decisión de redactar en romance los documentos referentes a la vida diaria. Por ello, aunque el castellano, como lengua hablada, preexiste a las glosas escritas, no deja de estar justificado que llamemos a la aparición de éstas «nacimiento del castellano». Y hoy por hoy, mientras un fortuito hallazgo no nos depare otro testimonio más antiguo, «el primer vagido», como dice Dámaso Alonso, del castellano lo constituyen las glosas emilianenses del siglo X que aquí recordamos.

La lengua que reflejan estas glosas, de acuerdo con la localización geográfica en que se escribieron, es en realidad una muestra, defectuosamente manifestada por la grafía, del romance que se hablaría entonces en la región, es decir, en esta Rioja, zona de interferencia de pueblos y lenguas desde los tiempos prerromanos.

Aquí estuvieron en contacto gentes célticas, como los berones, y gentes más o menos eusquéricas como los vascos, los vándulos, etc. Tras la romanización, por aquí confluían los límites de las provincias Tarraconense y Cartaginense. Y en la oscura alta Edad Media, aquí vinieron los visigodos, con Leovigildo, a debelar a cántabros y vascos, y aquí, frente a Logroño, el rey ocupó la ciudad de Cantabria. Después, precisamente en los años de nuestras glosas, aquí se situaban las lindes entre la Castilla engrandecida y emancipada del conde Fernán González y el reino navarro. Fue un siglo más tarde, en 1076, cuando el nieto de Sancho el Mayor, Alfonso VI, rey de Castilla, anexionó a su reino la Rioja. Desde entonces, con alguna fluctuación, quedó incluida en la órbita castellana. No obstante, el carácter fronterizo de la Rioja sigue manifestándose en su lenguaje, puesto que todavía en el siglo XIII la obra de Berceo muestra alguna que otra particularidad acorde con los dialectos navarros.

Escritas, pues, las glosas en el confín occidental del reino navarro, pero en el ámbito de este monasterio que mantenía intensas relaciones con otros cenobios de la Castilla burgalesa y que recibía la visita constante de peregrinos castellanos, no ha de extrañar el carácter híbrido de la lengua que manifiestan. Mezcla de tendencias lingüísticas que se daban sin duda en el habla misma de nuestro amanuense. Ignoramos su nombre y condición, pero lo que consignó por escrito aduce datos suficientes para poder afirmar que era un bilingüe vasco-románico dedicado con aplicación al estudio del latín escrito. Consecuencia de este aprendizaje tienen que ser, por cierto, las glosas que se nos han conservado. En su lectura de los textos religiosos latinos que constituyen el manuscrito 60 de San Millán, nuestro desconocido bilingüe fue anotando, en interlíneas o al margen, las equivalencias de los elementos del léxico que no conocía bien. Esto son, en definitiva, las glosas, traducciones mejores o peores de lo que no entendía en el texto latino, análogas a las que los estudiantes de idiomas hoy día ponen para comodidad en el texto que están traduciendo. No todas esas glosas están en romance; algunas se limitan a ofrecer un equivalente latino más o menos sinónimo de la palabra dificultosa; pero, además, y esto es lo curioso, un par de ellas no están redactadas ni en latín ni en romance, sino en vasco. Con lo cual estamos celebrando un doble milenario: el de los primeros testimonios escritos del castellano y del vasco. Sin gran esfuerzo se puede así suponer que el amanuense era bilingüe, como tantos otros coetáneos suyos, puesto que, como se sabe, hay pruebas de que el vasco, por aquellas calendas —y aun después—, se seguía hablando en buena parte de la Rioja occidental y del oriente de la actual provincia de Burgos, según todavía lo confirma la abundante toponimia de origen eusquera que se mantiene en esta zona: Ezcaray, Ollauri, Zaldueño, etc., etc. No es ahora el momento de decidir si estos vascohablantes de la orilla derecha del Ebro eran sucesores directos de los primitivos habitantes de la comarca, o si, como creen otros, eran emigrantes del país vasco instalados aquí en la Edad Media como consecuencia de repoblaciones. Lo interesante es saber que en esos siglos persistía vivo el bilingüismo que indudablemente existió largo tiempo, desde los primeros intentos de romanización, en todas estas tierras del alto curso del Ebro, y que en gran parte es responsable

de las especiales características que adoptó el romance castellano. Características que, para decirlo rápida y esquemáticamente, se reducen a ser un latín mal aprendido por indígenas que tendrían por lengua propia el vasco o algún dialecto íntimamente emparentado con éste. De otro modo: el castellano es en el fondo un latín vasconizado, una lengua que fueron creando gentes eusquéricas romanizadas. Y esto sería nuestro cenobita de las glosas. Por los rasgos de las dos que están en vascuense se había pensado que el origen geográfico y lingüístico del amanuense sería la zona navarra; pero últimamente un vasquista tan eminente como Luis Michelena sospecha que pueden atribuirse a las particularidades del dialecto vizcaíno de Alava. Parece aceptable esta opinión y hasta puede suponerse que nuestro escriba fuese riojano, ya que el vasco del sur del Ebro no diferiría mucho del de las tierras alavesas de su margen izquierda.

¿Cómo sería la lengua que pretenden representar las glosas emilianenses? ¿Cómo sería ese viejo castellano? Digo «viejo» y no incipiente ni balbuceante. Suele creerse que las lenguas habladas en épocas primitivas y poco conocidas son idiomas imperfectos, sistemas todavía incompletos de comunicación oral, considerando erróneamente la historia de una lengua como paralela al proceso de adquisición del lenguaje por el niño. Es cierto que éste en los primeros estadios de su aprendizaje maneja imperfectamente la lengua de su entorno. Pero la lengua de los adultos, en cualquier etapa histórica, por el mero hecho de ser una lengua, es siempre un instrumento perfecto, que cumple su función: la de hacer posible la comunicación entre sus usuarios. En este sentido nuestros viejos antecesores se entendían entre sí tan bien (o tan mal, según se mire) como nos entendemos nosotros. Otra cosa es que el mundo en que vivían, las cosas que les rodeaban y las apetencias que sentían se distinguiesen profundamente de las complejidades de nuestra vida moderna. Para sus necesidades la lengua que manejaban era tan perfecta como puede serlo la nuestra.

¿Cuál sería esa lengua? Para determinarlo con precisión son escasos los pocos datos que aportan las glosas aun complementadas con testimonios de documentos posteriores y con hipótesis más o menos plausibles. Escasos y difíciles de interpretar, porque media gran distancia entre la expresión oral de los hablantes y el conjunto de normas gráficas utilizado para ponerla por escrito. Si hoy, según sabemos, la ortografía es un reflejo poco fiel (o en el mejor de los casos, relativamente fiel) de la pronunciación, puede imaginarse fácilmente que hace mil años la escritura sería un exponente aún menos claro de los sonidos. Había, sí, una tradición ortográfica bien establecida, la del latín; pero, con todo, el latín escrito de aquellas épocas olvida muchas veces las normas como consecuencia del influjo de las hablas coetáneas. El que trataba entonces de consignar el romance se encontraba con la dificultad de decidir entre ser obediente a las reglas del latín escrito (cuando las conocía bien) o prestar atención a lo que realmente se pronunciaba. Y en muchos casos el resultado de su labor se plasmaba en productos híbridos. Por ello, al estudiar las glosas, o cualquier otro texto primitivo, no basta con aceptar el testimonio gráfico sin más, sino que hay que interpretarlo cuidadosamente.

Por ejemplo, y sin entrar en disquisiciones técnicas que aquí serían impertinentes, ¿ha de creerse que nuestro escriba y sus contemporáneos cuando escriben **facanos, faras, fezot** pronunciaban con (f) y no con (h) aspirada las palabras que hoy son **háganos, harás, hizo**? ¿Ha de pensarse que articulaban como (ʝ) (j francesa) las j y las g de **ajutorio, jerras, jervas, get, gelemo, segamos**, por el hecho de que esas letras representaran más tarde tal sonido en el castellano alfonsí, y no (y) diciendo **ayutorio, yerras, yerbas, yet, yélemo, seyamos**? ¿Qué ha de decidirse ante la insistencia de c y t para los sonidos que el castellano moderno pronuncia como (g) y (d) en **facanos, dico, Salbatore, Padre** (esto es, **háganos, digo, Salvador, Padre**)? En unos casos tales grafías son consecuencia de la tradición escrita latina; en otros, intentos de representar particularidades de la pronunciación real ajena a la latina.

Con todas estas dificultades, sin embargo, podemos aceptar que las glosas, convenientemente estudiadas, nos ofrecen el primer ejemplo histórico de nuestra lengua; una muestra, incompleta, fragmentaria, del romance protohistórico que se hablaría en la región llamada en los últimos tiempos visigóticos Ducado de Cantabria, y que se extendía desde las fuentes del Pisuerga y el Ebro, siguiendo el valle de este río, hasta la Rioja, y abarcando las comarcas de la Montaña santanderina, Campó y el norte de la provincia de Burgos. Al primer golpe de vista se observa que la lengua de las glosas presenta rasgos análogos a los que se estabilizaron en el castellano literario medieval e incluso en el moderno; por ejemplo, los diptongos de **tienet, jerba, fueras, dueño**. Pero, a la vez, peculiaridades ajenas al castellano ulterior y comunes con las de otros dialectos romances vecinos (leonés, navarro, aragonés, mozárabe), tales como la fusión del artículo con las preposiciones (**cono, enos**), articulaciones laterales en lugar de centrales (**spillo, uello** en lugar de **espejo, ojo**), etc., etc. Además, puede sospecharse la presencia en las glosas de algunos fenómenos ausentes del castellano literario medieval que, no obstante, se difunden más tarde en el moderno; para no citar más que un caso: el castellano literario, hasta bien entrado el siglo XVI, mantenía con rigor la diferencia fónica entre una (b) oclusiva y una (β) o (v) fricativa, distinguiendo entre **cabo** y **cavo**, entre **uebos** y **uevos**, hasta el punto de que ningún poeta osaba igualarlas en la rima. Pues bien, en las glosas y en otros documentos posteriores de las zonas norteñas, la indiferenciación de **b** y **v** es general: **Salbatore, serbitio, lebantai, bertizione, salbos**. Preludian así la total confusión de ambos sonidos a lo largo del siglo XVI, que caracteriza la lengua general moderna, donde **b** y **v** son puras grafías equivalentes de un mismo sonido.

Vemos, pues, que el primer ejemplo del castellano escrito es sólo reflejo de un habla reducida a límites geográficos muy restringidos, una más entre las variadas que se desarrollaron a partir del latín en la península. ¿Quién hubiera podido pensar en aquellos oscuros años que ese modo de hablar, tan apartado y discordante frente al latín, iba a difundirse, no sin perder algunas de sus características, sobre otras zonas, absorbiendo dialectos en principio más cultivados, e incluso a generalizarse como instrumento de comunicación de tantas naciones?

La explicación de este proceso, de cómo el primitivo castellano se convirtió en español, es ya cuestión no estrictamente lingüística, porque fue producto de circunstancias sociales y culturales, en definitiva históricas. De lo que con la lengua ha acontecido hasta ahora son responsables los enigmáticos designios del curso del tiempo. El dialecto rural de la antigua Cantabria, originariamente casi un criollo o una lengua franca utilizada durante siglos por bilingües vasco-románicos, tuvo la suerte de ser el instrumento de expresión de una comunidad con fuerte energía social, la vieja Castilla (aquella de la que el poema de Fernán González decía que tenía por cabeza a Amaya y a los montes de Oca por mojón). Y ésta se extendió sobre las tierras cartaginenses de la meseta del Duero en lucha contra el poder musulmán de Al-Andalus hasta cristalizar en una estructura política con enorme poder expansivo. Los rústicos hablantes norteños se mezclaron en su avance hacia el sur con los más cultivados del centro y de la antigua capital visigótica, Toledo. Resultado de tal mixtura fue el habla que paulatinamente llegó a sustituir al latín en el siglo XIII para los usos escritos cancillerescos, notariales y finalmente literarios.

El hombre castellano de los últimos siglos medievales resultó de la continuada fusión de las apenas romanizadas gentes eusquéricas del norte con los herederos más latinizados de las regiones centrales del reino goda. La lengua, en proceso paralelo, fue imponiendo sus características o aceptando las ajenas lentamente hasta crear el castellano literario que se prolonga hasta los tiempos modernos. La potencia política y cultural del reino de Castilla tuvo el suficiente prestigio para que las regiones o reinos vecinos, por conveniencia y comodidad, aceptasen poco a poco sus modelos lingüísticos. Castilla no impuso a León ni a Aragón su propio idioma; fueron estos reinos los que adoptaron el castellano por pura facilidad en la comunicación. De este modo, en el siglo XVI, la lengua castellana —cuán distinta ya de la medio navarra de las glosas— se convierte en español, la lengua general de todas las regiones unificadas bajo la corona española. Porque nuestro español, aunque de base castellana, aunque remotamente un mal latín eusquerizado de estas zonas de la primitiva Cantabria, se ha ido elaborando con el concurso continuado de tantas y tantas otras modalidades peninsulares —y después, también, americanas—, de manera análoga a como fue naciendo y haciéndose el hombre español moderno, amasijo de sangres y tradiciones variadas.

Es evidente que en nuestra piel de toro, desde Gerona a Huelva o de Coruña a Almería, existen diferencias considerables, aunque graduales, en cuanto a mentalidad, formas de vida y lengua; pero con cierta perspectiva de alejamiento es mucho más lo que nos uniforma que lo que nos separa. Y en lo espiritual, el vínculo primario que nos une es la lengua española, y, en consecuencia, la peculiar manera de organizar el mundo consustancial con ella. A estas alturas, ¿vamos a renunciar a algo tan cómodo, tan conveniente, y, a la vez, tan arraigado? En la vida y en intereses hay, en efecto, discrepancias entre unas regiones y otras, pero en el fondo son más bien de índole que pudiéramos llamar folklórica, de tipo afectivo y, si se quiere, viscerales e irracionales. Porque, en verdad, todos, de norte a

sur y de este a oeste, estamos sumergidos o, como se dice ahora, «inmersos» en una misma contaminadora sociedad de consumo, si bien hoy algo periclitante, y todos, aunque furibundos localistas en fútbol y otras latrias, somos en lo esencial, que es lo económico, no sólo centralistas acérrimos, sino internacionalistas cuando se puede (véase a dónde van a parar los fondos de las arcas bancarias periféricas). Lo digo tranquilamente porque no soy sospechoso de centralismos: de nación salmantino y de pación ovetense, soy un típico español híbrido que no renuncia a ninguno de sus orígenes conocidos: una mitad de catalán, un cuarto de manchego, un ochavo de asturiano y otro de vasco constituyen mi pedigree, en cuyo cuarto de castellano nuevo imagino que habrá alguna onza y aún onzas de converso más o menos judaizante. Con este abolorio, me creo con derecho a confesar paladinamente que me complace como al que más el cultivo amoroso de las tradicionales maneras de hablar de cada región de nuestro país (y que conste que empleo estos términos en su riguroso sentido geográfico y no con las enrevesadas y confusas connotaciones del babélico vocabulario político al uso). Quiero decir que deseo que sigan apareciendo Esprius escribiendo en catalán, que nuevos Ferreiros compongan poemas en galego, que redivivos Arestis enaltezcan el eusquera, que el bable asturiano y el cheso pirenaico, el panocho murciano y el chinato extremeño encuentren plumas dotadas de fuerza y habilidad. Muy bien. Pero nadie puede negar que el horizonte de oyentes y lectores a que alcancen ha de ser forzosamente más restringido que el que abarca el español.

Hoy, creo sinceramente, son irrenunciables el derecho y la obligación de expresarse también en español, sin abdicar de las particularidades autóctonas. No estamos ya en los tiempos de la cultura localista de campanario. El ámbito en que nos movemos no son las reducidas hectáreas divisables desde la torre de la iglesia de nuestro pueblo, sino el amplio panorama que se abarca desde un avión a diez mil metros de altura, cuando no todo el globo desde un satélite. Si el hombre actual de nuestro país, con todas sus variedades y divergencias, tiene algo que decir en el mundo, ha de decirlo en español, porque de lo contrario, encovándonos en el fondo de nuestras particulares y diversas guaridas, terminaremos constreñidos a decirlo en inglés, en ruso o en chino. En efecto, me pregunto: ¿por qué no escribí en gallego don Ramón María del Valle-Inclán? ¿Por qué no siguió escribiendo en catalán don Eugenio D'Ors? ¿Por qué no escribieron en vascuence ni don Miguel de Unamuno ni don Pío Baroja? Que respondan ellos, o en su defecto sus obras. Yo me limito a consignar el hecho, y, humilde producto de todos esos orígenes en mí vivos, quiero terminar presentando mi ferviente homenaje a la lengua milenaria que por primera vez se puso por escrito en este monasterio del señor San Millán. Que el santo confesor, tan ducho en milagros, nos haga la merced de conservárnosla como vehículo de convivencia y entendimiento de todos los españoles y de los hispanos trasatlánticos, «enos síéculos de los síéculos». Amén.

EMILIO ALARCOS LLORACH